

# Violencia de los adolescentes en los barrios

## Si no lo encaramos ya, el problema será endémico

Según cálculos policiales, repetidamente publicitados, alrededor de un 80% de los asesinatos y otros hechos de sangre tienen como protagonistas a menores de edad. Las autoridades concluyen de este señalamiento que hay que bajar drásticamente la edad de imputabilidad penal. Quienes no quieren sacar esta consecuencia, tienden a relativizar las cifras. Desde nuestra vivencia diaria en zonas populares, queremos expresar que la violencia adolescente es escalofriante por su magnitud y más todavía porque el fenómeno crece incontestablemente. Pensar que la tendencia se puede revertir por el simple expediente de bajar, por ejemplo a quince años, la edad de ponerlos presos es señal de que no se quiere hacer cargo de lo que pasa para no tener que encararlo.

No hay más ciego que el que no quiere ver. Los sucesivos gobiernos, el Estado venezolano y la llamada sociedad civil no quieren ver los barrios. Viven de espaldas a ellos. Como si por excluirlos del presupuesto y por borrarlos de su conciencia dejaran de existir. El Estado y la ciudad viven tan irresponsablemente que no quieren reconocer que cuanto más se desentiendan de los barrios más negativamente afectarán éstos su vida. Abandonarlos a su suerte no es sólo una falta imperdonable de solidaridad sino una pérdida suicida de realismo. No puede funcionar un país con casi un cincuenta por ciento que no alcanza a cubrir sus necesidades mínimas, sin servicios de educación ni salud, sin trabajo digno y sin capacidad adquisitiva. Esta inviabilidad se ceba sobre todo en los jóvenes y adolescentes. En ellos se incuba la violencia. Hay policías y gente «bienpensante» que piensan cínicamente que esa violencia podría hacer las veces de las epidemias de antaño: una labor de profilaxis social. No se dan cuenta de que si no se asume responsablemente este problema, la violencia se enseñoreará de todo. Y entonces ¿cuántas generaciones serán necesarias para desarraigaria?

## Fenomenología de la violencia ritualizada

Hay muchachos en los barrios o en zonas populares que a veces se ponen violentos. Tal vez con demasiada frecuencia. Tal vez con motivos demasiado fútiles. Tal vez la reacción va demasiado lejos, sin proporción con la causa que la motivó. Pero son muchachos que conviven en el mundo compartido de la familia y los vecinos, que van a clases o al trabajo, que participan a su modo de la vida de la comunidad.

Pero hay otros que viven en otro mundo. Un mundo despersonalizado, profundamente ritualizado, signado por códigos fijos e inflexibles. Un mundo al que se entra por una verdadera iniciación: por experiencias límites a través de las que se muere al mundo cotidiano y se ingresa en otra dimensión. Experiencias a través de las cuales el muchacho no sólo queda socialmente descalificado («rayado») sino internamente marcado.

El objeto iniciático es el arma. No existen armas blancas sino armas de fuego. La iniciación acontece en la experiencia del poder que da cargar con una pistola. No queremos decir cargarla por si acaso, para defenderse, o porque forma parte de la profesión de uno (un vigilante privado, por ejemplo o incluso un malandro de antaño). Para estos muchachos cargar con un arma es vivir con ella para siempre (como se vive desposado con una mujer). Es la sensación límite de cargar con la muerte a cuestas: el poder de matar y la certeza de acabar siendo matado. Porque el precio de esta casi omnipotencia es nada menos que la propia vida.

Este poder tiene tres manifestaciones fundamentales: El poder de irrumpir, asaltar, aterrorizar. El poder de pertenecer a una red que libra de la cárcel y absuelve del asesinato. La sensación mágica de poder acceder de un golpe a cosas apetecibles: moto, mujeres, fiestas, tremendos aparatos de sonido, televisor a colores, reproductor y cualquier película, zapatos y ropa fina... Pero más allá de estas y otras manifestaciones, que no siempre se alcanzan ni mucho menos, está el estado permanente de hipnosis que da este pacto con la muerte. Esta es la verdadera droga. Vivir con una pistola sin saber cómo ni por qué ni contra quién se va a usar, pero sabiendo que se va a usar contundentemente, fascina y aterra: es una verdadera sacralidad negativa.

Esta iniciación está jalonada por hitos: El primer trabajo que se hace con el arma (aguantar droga, defender la zona, adquirir unos zapatos deportivos...); es la primera sensación de que se está jugando con fuego. La cárcel o el retén, donde ser duro es

requisito para sobrevivir, donde en ese ambiente encallecido se internaliza el personaje que se quiere representar y donde se comprueba la existencia de la organización. La primera muerte: la experiencia de lo irremisible.

Pero para iniciarse a este mundo hay que neutralizar el miedo, hay que borrar vínculos que coartan, hay que reprimir sentimientos hondos. Además una cosa es el mundo que se presenta como modelo y otra la cotidianidad que se vive, tan gris y vacía, con tanto autodesprecio tragado, con momentos, es verdad, de acción intensa o de disfrute descontrolado, pero con tiempos de mucha zozobra, de vivir a salto de mata, de dolor y sufrimiento, y la certeza descorazonadora de la muerte próxima. Por eso, para evitar el arrepentimiento y la huida, están los jefes señalando rumbos, creando ambientes, imponiendo códigos inapelables, ejercitando en acciones rituales, cortando alternativas... Incluso oficiando, como sacerdotes, el rito del funeral del malandro asesinado, donde no existe dolor sino la glorificación del consumado, ya que la consunción es la consumación del que se entrega a la muerte.

## Causas genéricas y específicas del problema

Aunque no se quiera ver, este es el mundo de muchos adolescentes; y aunque a muchos «bienpensantes» les parezca lejano, es un mundo que en cualquier momento puede irrumpir en el suyo. Y aunque lograra ser confinado en el barrio, de todos modos lastra terriblemente la vida del país. Y además no es un mundo que se haya incubado en las entrañas del barrio independientemente de la ciudad. El abandono de los barrios por parte del Estado y la presión de los grupos de poder para que aconteciera así es la primera causa de esta violencia.

Además del deterioro económico, sobre los adolescentes ha incidido sobre todo el envilecimiento de la educación, que de ser el mito de nuestra democracia (la esperanza por la que se podían tolerar trabajos y soportar estrecheces), ha degenerado para la gente del barrio en un espacio completamente desmotivado, vacío, incluso sórdido. A esto se suma la prédica desmoralizadora de un neoliberalismo sumario y brutal que, asentando que el ser humano es fundamentalmente egoísta y que no existe el pueblo ni el país ni ningún otro colectivo, propone el abandono de cada quien a sus posibilidades de ser exitoso económicamente. La sensación pública de que los de arriba obtienen su dinero robando y el pésimo ejemplo de bastantes autoridades, incluso el cinismo de algún Presidente, fue tomado como una invitación a perder el respeto al orden establecido, a las instituciones y sus personeros, a las reglas de juego y a las palabras que se dicen, y a llegar a las cosas deseables a como dé lugar. Como no podían pensar en títulos y empleos prestigiosos, el arma aparece como la llave maestra que abre todas las puertas.

En este contexto, creemos que la violencia televisiva tiene un efecto devastador. La razón es que funciona en base a los mismos códigos que los de los muchachos. Ellos se están entregando a un mundo de violencia ritualizada, que en realidad es muy sórdido, pero que el ambiente cerrado en que se mueven magnifica y exalta. Pues bien, en la TV ven este mundo proyectado casi al infinito por el manejo de la técnica más avanzada. La TV les da la evidencia de que no andan fuera de base, de que están en algo grande, en lo más avanzado, en la punta de la civilización, donde coinciden el hombre de ciencia, el ejecutivo y el devastador. Y es cierto que este imaginario revela genuinamente el cariz letal de esta figura histórica montada sobre el supuesto de que el hombre es lobo para el hombre.

No puede ser dejada de lado la situación familiar, que en el mejor de los casos es un espacio cálido en el que el muchacho se puede refugiar, pero que en pocas ocasiones es un espacio articulado, progresivo, con relaciones diferenciadas, con responsabilidades asignadas y medido todo por la palabra. Para un muchacho en estas condiciones la ausencia de una sólida figura paterna tiene un efecto desestructurador proclive a la anomía.

Pero la droga, tanto el consumo como sobre todo la distribución, es en última instancia la que induce a este mundo y lo hace posible. La droga es la organización. Por eso insistimos en la importancia de los jefes que son sus representantes, aunque también sus víctimas, ya que para la organización son apenas el último eslabón. Ellos dominan al grupo. Cuando se desaparecen temporalmente, el sector recobra la calma y los muchachos tienden a la normalidad. Sin la organización no hay armas (nos referimos a su proliferación y sofisticación) ni dinero rápido. Sin ella se acabó la impunidad. Sin la organización de la droga sólo quedaría el malandrán de antaño, y no es de eso de lo que estamos hablando.

## No son casos perdidos

Lo que hemos dicho hasta ahora tiene como primer objetivo ayudar a tomar conciencia de la magnitud del problema de la violencia adolescente en los barrios. La existencia de la violencia ritualizada es una tentación permanente para todos los muchachos de las zonas populares, así como el malandro lo es para las muchachas. Si no se pone correctivo a esta violencia, ella es capaz de acabar con la sociabilidad y convivencia de zonas extensísimas, hiriendo de muerte la esperanza de mucha gente esforzada, que ve cómo su esfuerzo de tantos años por criar un hijo, por crear un vecindario humano, por organizarse se derrumba sin remedio, y la existencia queda tristemente reducida a salir lo imprescindible y vivir con el alma en vilo, presa de una constante zozobra. Pero es que además ¿qué va a pasar con esa generación?

El problema de la violencia adolescente de los barrios nos incumbe a todos porque nos afecta a todos (o nos afectará más temprano que tarde); y además porque todos somos más o menos responsables de ella; y en definitiva porque ellos son nuestros prójimos.

Son hijos de Dios y hermanos nuestros, por eso no podemos desentendernos de ellos. Dios no los considera casos perdidos. Tampoco pueden serlo para nosotros. Y es que no lo son. Ellos siguen siendo muchachos. Aunque estén marcados, conservan potencialidades distintas, que podrán desarrollarse, si se logra desarticular ese mundo o al menos sacarlos de él y ponerlos en ambientes adecuados. Siguen siendo humanos. En esa máscara de dureza y frialdad siempre hay brechas que conducen a dimensiones más profundas y genuinas.

## Remover las causas e instaurar una alternativa

La superación de una situación tan profundamente perturbada no puede lograrse con soluciones unidimensionales y drásticas. Matarlos o que se maten entre ellos o meterlos en las cárceles actuales, lejos de transformar superadoramente la situación, es entregarse a sus mecanismos y a sus demonios, y convalidar y llevar al paroxismo esta violencia ritualizada. Tenemos que reconocer que la sociedad venezolana ha caído en esa trampa y que hay que salir de ella. Pero para eso la sociedad venezolana y el

Estado tenemos que convencernos de que es un problema que nos incumbe, que no podemos descargarnos de él y que tenemos que pagar nuestra cuota de sacrificio para que la situación mejore. Todos podemos hacer bastante más de lo que hacemos.

Si no cambian las condiciones generales del barrio, persistirá el caldo de cultivo de esta violencia ritualizada. Si no se encara seriamente el problema de la distribución de drogas, si se sigue haciendo públicamente, hasta con alarde y en medio de la más absoluta impunidad, subsistirá la causa próxima de esta violencia adolescente. Si no se pone coto a la violencia televisiva, estos adolescentes seguirán alimentando en ella ese imaginario que los devora.

Pero además de remover estos gérmenes deletéreos es imprescindible crear una alternativa. Y la alternativa a la guerra no es otra que la palabra. No nos referimos a la materialidad de la palabra, que puede ser usada como un medio de prevalecer o de engañar o de herir o de disminuir... como un arma, en fin, que causa muerte. Sino palabras de vida que son puentes tendidos a la otra persona para darle lugar, para que pueda expresar a su vez su propia palabra, para tenderle la mano. Palabras que son luz y camino, invitación a buscar y en todo caso, compañía. Palabras también de desacuerdo, incluso de condena; pero que no interrumpen la comunicación y que esperan respuesta, porque suponen que se cree en aquél a quien se dirigen.

Esta palabra tiene que ser el clima de la familia y el de la educación, el del vecindario y el de grupos de adolescentes, para que lleguen a constituirse en alternativas frente a la situación. Creemos que algo de eso se está intentando ya. En todos estos frentes se está emprendiendo una verdadera iniciación personalizadora: experiencias límites a través de las cuales estas personas salen de sí, mueren a tanta impotencia introyectada, a tanto despalabramiento, y son capaces de encontrarse, de decir palabras verdaderas, de vivir desde lo más genuino de ellos mismos que van descubriendo, y así van sintiendo libertad. Estas personas, por serlo, pueden dirigirse a estos muchachos sin ofenderlos ni temerlos. A medida que estos ambientes vayan adensándose y los muchachos puedan visualizar unas cuantas maestras así y grupos diversos y comunidades y agrupaciones adolescentes y juveniles existirá la alternativa.

Todavía persistirá la atracción de la violencia ritualizada. Los muchachos tendrán que elegir. Ellos tienen siempre también su cuota de responsabilidad. Y siempre serán también imprescindibles instituciones reeducadoras que lo sean de verdad: que combinen la dureza saludable con la justicia y el reconocimiento personal. Todavía estamos a tiempo de encarar este problema; pero tenemos que percatarnos de que el problema es de todos, que es muy grave, que requiere enfrentar situaciones profundamente distorsionadas y grandes intereses, y que hay que acometerlo ya.